

Michael
Connelly

LOS DIOSES DE LA CULPA

Traducido del inglés por Javier Guerrero Gimeno

Título original: *The Gods of Guilt*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo
con Little, Brown & Company, New York,
NEW YORK, USA. Todos los derechos reservados

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2013 by Hieronymus, Inc.

All rights reserved.

© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-087-2

Depósito legal: M. 4.725-2018

Printed in Spain

Para Charlie Hounchell

PRIMERA PARTE

GLORY DAYS

Martes, 13 de noviembre

Me acerqué al estrado de los testigos con una sonrisa entusiasta y amable. Eso, por supuesto, enmascaraba mi verdadera intención, que era la de destruir a la mujer que estaba allí sentada con su mirada fija en mí. Claire Welton acababa de identificar a mi cliente como el hombre que la había obligado, pistola en mano, a bajar de su Mercedes E60 en la Nochebuena del año anterior. Declaró que fue él quien, a continuación, la tiró al suelo antes de desaparecer con su coche, su bolso y todas las bolsas de la compra que había cargado en el asiento de atrás en el centro comercial. Como la mujer acababa de decirle a la fiscal que la interrogó, mi cliente también le había arrebatado su sensación de seguridad y confianza en sí misma, aunque por esos robos de índole más personal no había sido acusado.

—Buenos días, señora Welton.

—Buenos días.

Dijo las palabras como si fueran sinónimo de «por favor, no me haga daño». Sin embargo, en la sala todo el mundo sabía que ese día mi trabajo consistía en hacerle daño y de ese modo menoscabar la acusación de la fiscalía contra mi cliente, Leonard Watts. Welton tenía sesenta y tantos años y aspecto de matrona. No parecía frágil, pero yo tenía la esperanza de que lo fuera.

La testigo era un ama de casa de Beverly Hills y una de las tres víctimas que habían sido atacadas y robadas en una serie de asaltos cometidos poco antes de Navidad, que resultaron en nueve cargos contra

Watts. La policía lo había llamado «el Bandolero de Autochoques», un ladrón intimidador que se centraba en mujeres a las que seguía desde algún centro comercial para luego chocar por detrás contra sus vehículos aprovechando las señales de *stop* de los barrios residenciales. En cuanto las mujeres bajaban para comprobar los daños, él se llevaba sus coches y sus pertenencias amenazándolas con una pistola. Después, Watts empeñaba o revendía todos los bienes, se quedaba el efectivo y se deshacía de los coches en desguaces del valle de San Fernando.

Sin embargo, todo ello tenía que demostrarse, y dependía de que alguien identificara a Leonard Watts como el culpable ante el jurado. Eso era lo que hacía a Claire Welton tan especial y la testigo clave del juicio. Era la única de las tres víctimas que había señalado a Watts ante el jurado y había afirmado de manera inequívoca que se trataba de él, que él era el ladrón. Welton era el séptimo testigo presentado por la acusación en dos días, pero, por lo que a mí respectaba, su testimonio era el único que contaba. Era el bolo número uno. Y si derribaba ese bolo en el ángulo preciso, todos los demás caerían tras él.

Necesitaba un *strike* o los miembros del jurado que estaban observando enviarían a Leonard Watts a prisión durante mucho tiempo.

Me llevé una única hoja de papel al estrado de los testigos. Identifiqué el documento como el atestado original del agente de patrulla que fue el primero en responder a la llamada que Claire Welton efectuó a Emergencias desde el teléfono móvil que le prestaron después de que le robaran el coche. El atestado ya formaba parte de las pruebas documentales de la fiscalía. Después de solicitar y recibir la aprobación del juez, dejé el documento en la repisa del estrado de los testigos. Welton se apartó de mí cuando lo hice. Estaba seguro de que la mayoría de los miembros del jurado lo vieron.

Empecé a plantear mi primera pregunta al tiempo que regresaba al atril situado entre las mesas de la acusación y la defensa.

—Señora Welton, tiene ahí el atestado original del delito tomado el día del desafortunado incidente del cual fue víctima. ¿Recuerda haber hablado con el agente que vino a ayudarla?

—Sí, por supuesto.

—Le contó lo ocurrido, ¿es correcto?

—Sí. Todavía estaba temblando por el...

—Pero le contó lo ocurrido para que él pudiera escribir un atestado sobre el hombre que le robó y se llevó su coche, ¿es correcto?

—Sí.

—¿Fue el agente Corbin?

—Supongo. No recuerdo su nombre, pero lo pone en el atestado.

—Pero recuerda que le contó al agente lo ocurrido, ¿correcto?

—Sí.

—Y él anotó un resumen de lo que usted dijo, ¿correcto?

—Sí, lo hizo.

—E incluso le pidió a usted que leyera el informe y lo firmara con sus iniciales, ¿no?

—Sí, pero yo estaba muy nerviosa.

—¿Son sus iniciales las que están al pie del párrafo del resumen del informe?

—Sí.

—Señora Welton, ¿puede leer en voz alta al jurado lo que escribió el agente Corbin después de hablar con usted?

Welton dudó mientras estudiaba el texto antes de leerlo.

Kristina Medina, la fiscal, aprovechó la ocasión para levantarse y protestar.

—Señoría, tanto si la testigo firmó con sus iniciales el atestado del agente como si no, el abogado sigue tratando de desacreditar el testimonio de la señora Welton mediante un escrito que no es suyo. La acusación protesta.

El juez Michael Siebecker entrecerró los ojos y se volvió hacia mí.

—Señoría, al firmar el atestado, la testigo aceptó como propia la declaración. Es un recuerdo recogido poco después de los hechos y el jurado debería oírlo.

Siebecker desestimó la protesta y pidió a la señora Welton que leyera la declaración firmada del atestado. Ella finalmente obedeció.

—«La víctima declaró que se detuvo en el cruce de Camden y Elevado y enseguida fue embestida por detrás por otro vehículo. Cuando abrió la puerta para salir y comprobar los daños, se encontró con un varón negro de entre treinta y treinta y cinco ADE...» No sé qué significa eso.

—Años de edad —dije—. Siga leyendo, por favor.

—«Él la agarró del pelo, la sacó del coche y la tiró al suelo en medio de la calle. La apuntó a la cara con un revólver negro de cañón corto y le dijo que dispararía si se movía o hacía el menor ruido. El sospechoso se metió entonces en el vehículo de la víctima y se alejó en dirección norte, seguido por el coche que había provocado la colisión. La víctima no pudo ofrecer ninguna...»

Esperé, pero ella no terminó.

—Señoría, ¿puede pedir a la testigo que lea la declaración completa tal y como se escribió el día del incidente?

—Señora Welton —entonó el juez Siebecker—. Por favor, continúe leyendo la declaración en su totalidad.

—Pero, señoría, esto no es todo lo que dije.

—Señora Welton —intervino el juez con tono autoritario—. Lea la declaración completa como ha solicitado el abogado defensor.

Welton transigió y leyó la última frase del atestado.

—«La víctima no pudo ofrecer ninguna otra descripción del sospechoso en ese momento.»

—Gracias, señora Welton —dije—. Ahora bien, pese a que no supo dar detalles para describir al sospechoso, sí pudo describir desde el principio con detalle el arma que usó, ¿no es así?

—No sé con cuánto detalle. Me apuntó con ella a la cara, así que la vi bien y pude describirla. El agente me ayudó a describir la diferencia entre un revólver y la otra clase de pistola. Creo que la llaman automática.

—Y usted pudo describir la clase de arma que era, el color e incluso la longitud del cañón.

—¿No son negras todas las armas?

—¿Qué le parece si ahora planteo yo las preguntas, señora Welton?

—Bueno, el agente me hizo un montón de preguntas sobre la pistola.

—Pero usted no pudo describir al hombre que le apuntó con ella y, sin embargo, dos horas más tarde, lo identificó entre una serie de fotos de fichas policiales. ¿Estoy en lo cierto, señora Welton?

—Tiene que entender algo. Vi al hombre que me robó y me apuntó con la pistola. Poder describirlo y reconocerlo son dos cosas diferentes. Cuando vi esa foto, supe que era él, con la misma seguridad con la que sé que es él quien está sentado detrás de esa mesa.

Me volví hacia el juez.

—Señoría, me gustaría que no constara en acta porque no es una respuesta a mi pregunta.

Medina se levantó.

—Señoría, el abogado está haciendo amplias declaraciones en sus supuestas preguntas. Ha hecho una declaración y la testigo se ha limitado a responder. La petición de eliminar la respuesta carece de fundamento.

—Petición denegada —dijo el juez con rapidez—. Plantee su siguiente pregunta, señor Haller, y que sea una pregunta.

Lo hice y lo intenté. Durante los siguientes veinte minutos machaqué a Claire Welton y su identificación de mi cliente. Le pregunté a cuántas personas de raza negra conocía en su vida de ama de casa de Beverly Hills y dejé caer insinuaciones acerca de la identificación interracial. Todo en vano. En ningún momento logré minar su determinación ni su convicción de que Leonard Watts era el hombre que la atacó. A lo largo de mi interrogatorio, Welton pareció recuperar una de las cosas que dijo que había perdido en el robo: su seguridad en sí misma. Cuanto más la asediaba, con mayor firmeza parecía resistir mi ataque verbal y devolvérmelo. Al final, la testigo fue una roca. Su identificación de mi cliente se mantuvo firme. Y yo había errado el tiro.

Le dije al juez que no tenía más preguntas y volví a la mesa de la defensa. Medina solicitó al juez su turno de contrarréplica y supe que plantearía a Welton una serie de preguntas que solo reforzarían su identificación de Watts. Al sentarme al lado de mi cliente, sus ojos buscaron en mi expresión algún atisbo de esperanza.

—Bueno —le susurré—. Se acabó. Hemos perdido.

Se apartó de mí como si le repeliera mi aliento, mis palabras o ambas cosas.

—¿Hemos? —dijo.

Lo dijo en voz lo bastante alta como para interrumpir a Medina, que se volvió y miró a la mesa de la defensa. Mostré las manos con las palmas hacia abajo en un gesto para apaciguarlo y le murmuré la palabra «calma».

—¿Calma? —dijo en voz alta—. No me voy a calmar. Me dijo que todo iría bien, que ella no sería un problema.

—¡Señor Haller! —atronó el juez—. Controle a su cliente, por favor, o tendré...

Watts no esperó a saber con qué iba a amenazarlo el juez. Se abalanzó contra mí y me derribó como en un placaje de rugby. Mi silla se volcó conmigo encima y caímos al suelo a los pies de Medina. Ella saltó hacia un lado para no recibir cuando Watts echó un brazo atrás para golpearme. Yo estaba en el suelo sobre el costado izquierdo, con el brazo derecho inmovilizado bajo el cuerpo de Watts. Logré levantar la mano izquierda y sujetar el puño que venía hacia mí, pero solo conseguí amortiguar el impacto. El puño de Watts impulsó mi propia mano contra mi mandíbula.

Apenas fui consciente de los gritos y movimientos que se produjeron a mi alrededor. Watts echó otra vez el brazo atrás para darme un segundo puñetazo, pero los agentes de la sala llegaron antes de que consiguiera golpearme. Se le echaron encima todos a la vez y su impulso arrastró a Watts lejos de mí y lo propulsó casi hasta las mesas de los letrados.

Todo pareció moverse a cámara lenta. El juez estaba gritando órdenes que nadie escuchaba. Medina y la taquígrafa se estaban apar-

tando de la pelea. La secretaria del juzgado se había levantado detrás de su barrera y estaba observando horrorizada. Watts se encontraba boca abajo, con la mano de un agente presionándole la cabeza contra el suelo y con una extraña sonrisa en el rostro mientras le esposaban las manos a la espalda.

Y en un momento había terminado.

—Agentes, ¡sáquenlo de la sala! —ordenó Siebecker.

Arrastraron a Watts hacia la puerta de acero situada en un lateral de la sala para conducirlo al calabozo que albergaba a los acusados encarcelados. Me quedé sentado en el suelo, valorando los daños. Tenía sangre en la boca y los dientes y también en la almidonada camisa blanca que me había puesto esa mañana. Mi corbata estaba en el suelo, debajo de la mesa de la defensa. Era de las de clip. Siempre las usaba los días que visitaba clientes en las celdas, porque no quería que me arrastraran contra los barrotes.

Me froté la mandíbula con la mano y me pasé la lengua por la fila de dientes. Todo parecía intacto. Saqué un pañuelo blanco de un bolsillo interior de la chaqueta. Empecé a secarme la cara y usé la mano libre para agarrarme a la mesa de la defensa e incorporarme.

—Jeannie —dijo el juez a la secretaria del juzgado—. Llame a una ambulancia para el señor Haller.

—No, señorita —repliqué con rapidez—. Estoy bien. Solo necesito limpiarme un poco.

Recogí la corbata e hice un intento penoso de recuperar el decoro, sujetándola otra vez del cuello de la camisa a pesar de la profunda mancha roja que había arruinado su parte delantera. Mientras ajustaba el clip al cuello abotonado, varios agentes reaccionaron al botón de pánico de la sala que sin duda había pulsado el juez e irrumpieron por las puertas principales del fondo. Siebecker enseguida les dijo que se retiraran y que el incidente había pasado. Los agentes se dispersaron por el fondo de la sala, en una muestra de fuerza por si había alguien más allí presente pensando en actuar.

Me di un último toquecito en la cara con el pañuelo y hablé.

—Señoría —dije—, lamento mucho la actitud de mi cliente...

—Ahora no, señor Haller. Tome asiento. Y usted también, señora Medina. Que todo el mundo se calme y se siente.

Hice lo que me pidieron, sosteniendo el pañuelo doblado junto a la boca y observando al juez, que se volvió en su asiento hacia la tribuna del jurado. Primero le dijo a Claire Welton que podía retirarse del estrado de los testigos. Ella se levantó con indecisión y caminó hacia la puerta situada detrás de las mesas de los letrados. Parecía más agitada que ninguna otra persona de la sala. No le faltaban motivos, desde luego. Probablemente, comprendía que Watts podría haber ido a por ella con la misma facilidad con la que había ido a por mí. Y si hubiera sido lo bastante rápido, la habría alcanzado.

Welton se sentó en la primera fila de la tribuna, que estaba reservada a testigos y personal, y el juez continuó con el jurado.

—Damas y caballeros, siento que hayan tenido que presenciar esta escena. Una sala de justicia nunca debería ser lugar para la violencia. Es el espacio donde la sociedad civilizada toma posición contra la violencia que existe en nuestras calles. Me duele en el alma cada vez que ocurre algo así.

Se oyó un sonido metálico cuando se abrió la puerta que daba a los calabozos y regresaron dos agentes. Me pregunté con cuánto cuidado habrían tratado a Watts al meterlo en la celda.

El juez hizo una pausa y devolvió su atención al jurado.

—Por desgracia, la decisión del señor Watts de atacar a su abogado ha echado por tierra cualquier posibilidad de continuar. Creo...

—¿Señoría? —interrumpió Medina—. Si a la acusación se le permite hablar...

Medina sabía exactamente cuál iba a ser la postura del juez y necesitaba hacer algo.

—Ahora no, señora Medina, no interrumpa al tribunal.

Pero Medina insistió.

—Señoría, ¿pueden los letrados acercarse para hacer un aparte?

El rostro del juez manifestaba su enfado con la fiscal, pero accedió. Dejó que ella fuera delante y me acerqué al estrado. El juez pulsó el interruptor del dispositivo de aislamiento acústico para que el jurado no oyera nuestros susurros. Antes de que Medina pudiera argumentar nada, el juez me preguntó una vez más si necesitaba atención médica.

—Estoy bien, señoría, pero le agradezco la oferta. Creo que en realidad la peor parte se la ha llevado mi camisa.

El juez asintió y se volvió hacia Medina.

—Conozco su objeción, señora Medina, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. El jurado está influido por lo que acaba de presenciar. No tengo elección.

—Señoría, se está juzgando a un acusado muy violento que cometió actos muy violentos. El jurado lo sabe. No estará indebidamente influido por lo que ha visto. Los miembros del jurado tienen derecho a ver y juzgar por sí mismos la actitud del acusado. Puesto que él voluntariamente ha llevado a cabo actos violentos, el perjuicio al acusado no es ni indebido ni injusto.

—Si se me permite hablar, señoría, lamento disentir con...

—Además —continuó Medina, acallándome—, temo que el tribunal esté siendo manipulado por el acusado. Sabía muy bien que actuando así podía conseguir un nuevo juicio. Él...

—Uf, espere un momento —me quejé—. La protesta de la letrada está repleta de insinuaciones infundadas y...

—Señora Medina, protesta denegada —dijo el juez, zanjando todo el debate—. Aunque el perjuicio no sea indebido ni injusto, el señor Watts, en la práctica, acaba de despedir a su abogado. No puedo exigir al señor Haller que siga adelante en estas circunstancias y no estoy dispuesto a permitir que el señor Watts vuelva a entrar en esta sala. Retírense. Los dos.

—Señoría, quiero que la protesta de la acusación conste en acta.

—Así será. Ahora, atrás.

Volvimos a nuestras mesas y el juez apagó el dispositivo de aislamiento acústico y se dirigió al jurado.

—Damas y caballeros, como estaba diciendo, el suceso que acababan de presenciar ha creado una situación que acarrea perjuicios hacia el acusado. Creo que a ustedes les resultaría sumamente difícil abstraerse de lo que acababan de presenciar cuando deliberasen sobre su culpabilidad o inocencia con respecto a los cargos que se le imputan. Por consiguiente, en este momento debo declarar el juicio nulo y liberarles de su responsabilidad con el agradecimiento de esta sala y del pueblo de California. El agente Carlyle los acompañará de nuevo a la sala de deliberaciones, donde podrán recoger sus pertenencias antes de regresar a sus casas.

Los miembros del jurado parecían no estar seguros de qué hacer o de si todo había terminado. Por fin, un hombre se levantó con determinación de la tribuna y enseguida lo siguieron los demás. Salieron por una puerta situada en la parte posterior de la sala.

Miré a Kristina Medina. Estaba sentada detrás de la mesa de la acusación con la barbilla inclinada, abatida. El juez levantó abruptamente la sesión y abandonó el estrado. Doblé mi pañuelo echado a perder y lo guardé.